

## ESCRITURA QUE SE FUMA

En un imaginario Salón de Fumadores dedicado sólo a escritores, apenas unos pocos se quedarían fuera, tal es la proporción de los que acompañan su escritura con el aroma del tabaco. Pudiera ser sólo una estadística anecdótica, pero también algo significativo que guardaría un porqué, unas causas y, por supuesto, hasta unas consecuencias. A poco que uno rebusque entre los hábitos de los poetas, narradores o dramaturgos de las últimas centurias, verá que el 99% de ellos han sido fumadores; hoy dicha proporción habrá cambiado bastante tras unos lustros en los que el fumar ha perdido muchas de sus connotaciones —imitación cinematográfica, entrada en la etapa adulta—, pero en general su presencia entre los que, escribiendo, crean, es absoluta.

Realmente, el álbum de dibujos o fotografías existentes en el que el autor posa o es retratado fumando bien podría servir de diccionario de la historia de la literatura moderna. Al abrir al azar ese hipotético volumen, encontraríamos imágenes conocidas que incluso podríamos ordenar por tipos de fumadores: la pipa de Mark Twain, Ernst Bloch, Georges Simenon, J. R. R. Tolkien; los cigarrillos de James Joyce, André Gide, Fernando Pessoa, Albert Camus, Josep Pla, Julio Cortázar; los puros de Benito Pérez Galdós, José Lezama Lima, Thomas Mann, Evelyn Waugh, Bertolt Brecht. El hábito de fumar es inherente al hábito de escribir: se filtra en las páginas de las novelas, se consume en multitud de personajes —de forma numerosa, por ejemplo, en *La feria de las vanidades*, de William Thackeray, y en las narraciones de Nikolái Gógol—, se enciende de forma seria y reflexiva en la obra de Chéjov *Sobre el daño que hace el tabaco*

o de modo humorístico en *Fumar o no fumar: vet aquí la qüestió*, de Pere Calders, se apaga en la cama del hospital donde murió Terenci Moix.

Precisamente, en el artículo de prensa «Yo fui esclavo del tabaco» (2000), publicado en *El País*, Moix confesaba el lado más oscuro de su tremebunda adicción: «Con mi enfisema debidamente diagnosticado continué consumiendo el veneno y reduciendo mi calidad de vida al mínimo, por no decir a la nada absoluta. Nunca faltaron excusas. ¿Cómo iba a escribir una sola página sin mis aliados, los cigarrillos?». Sus tres paquetes de tabaco diarios le habían llevado, lenta y seguramente, a una agonía casi suicida, pues Moix, pese a los consejos de los neumólogos para que abandonara los cigarrillos, y también pese a sus propios intentos de separarse de su adicción, adquirida a los dieciséis años, reunió demasiado tarde la fuerza de voluntad necesaria para evitar el fatal enfisema. Parece ser incluso que, en la clínica de Barcelona donde estaba ingresado sus últimos meses, lograba algún pitillo. Y, reacio a dar el definitivo adiós al tabaco, Terenci pidió como último deseo un Ducados —la muerte le llegó casualmente el Día Mundial de la Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica—, aquel «amigo» traicionero que le había acompañado en tantas ocasiones cuando se enfrentaba al papel en blanco.

Celtas, Ducados, Gitanes, Gauloises, La Nazionale..., cualquier clase de tabaco negro le servía para aliviar su ansiedad por la nicotina allá donde se encontrara, en su casa de Barcelona o en uno de sus habituales viajes a Egipto. Moix calculaba haber inhalado durante cuarenta años, a partir del momento en que se sumó a la moda que encarnaban sus dioses del cine, más de diez millones de cigarrillos. En la gran pantalla, fumar era un arte, un gesto seductor, de distinción, como demostraría otro gran fumador (aunque de puros), Guillermo Cabrera Infante, en un libro, *Puro humo*,

para cuya redacción vio cientos de películas en las que confirmó la estrecha relación entre el celuloide y el tabaco. Por su parte, el gran cinéfilo Moix colocó, en la portada del volumen *Mis inmortales del cine* (2001) dedicado al Hollywood de los años cincuenta, la imagen de una sonriente Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* sosteniendo una larguísima boquilla. Y es que en los fotogramas de antes fumar iba asociado a la sofisticación y la elegancia, la hombría y el erotismo, los vestidos de noche de las *femmes fatales* y los trajes con sombrero que lucían los gánsteres.

Los casos similares al de Moix, enfermizos y obsesivos, abundan. En una de sus cartas, un Truman Capote aquejado de unos angioespasmos causados por una grave intoxicación de nicotina, explicaba en el periodo de la tortuosa elaboración de *A sangre fría*: «Tengo mucho trabajo y estoy terriblemente tenso *porque* he tenido que dejar los cigarrillos (por orden del médico). Después de veinte años fumando como un carretero, no resulta nada fácil: no puedo pensar en otra cosa que en el horrible antojo que tengo de encender un Chesterfield». Otro «enfermo» de nicotina, Julio Ramón Ribeyro, autor del cuento autobiográfico «Sólo para fumadores», aunaba de modo inseparable el vicio de escribir con el de fumar, ambas actividades autodestructivas y a la vez consoladoras, y hablaba de su «costumbre de tirar mis colillas por el balcón, en plena Place Falguière, cuando estoy apoyado en la baranda y no hay nadie en la vereda. Por eso me irrita ver a alguien parado allí cuando voy a cumplir este gesto. “¿Qué diablos hace ese tipo metido en mi cenicero?”, me pregunto». Así que fumar como cruel esclavitud, enfermedad, lento suicidio...

Sólo hay que echar un vistazo a otro enorme fumador, Juan Carlos Onetti, para advertir esa drogodependencia, ciertamente fructífera desde el punto de vista literario a partir de un síndrome de abstinencia padecido en 1939:

«En aquel tiempo, cuando comencé a escribir, trabajaba en una oficina ubicada en un sótano. Habían prohibido la venta de cigarrillos los sábados y domingos. Todo el mundo hacía su acopio los viernes. Un viernes me olvidé. Entonces la desesperación de no tener tabaco se tradujo en un cuento de 32 páginas, que escribí ante la máquina de un tirón. Fue la primera versión de *El pozo*». Por eso Antonio Muñoz Molina, al comparar los protagonistas onettianos con los de otros autores hispanoamericanos, dice: «Los héroes de Onetti eran los más pacíficos, los más perezosos, los más inútiles del mundo. Lo único que hacían era fumar, preferiblemente echados boca arriba en la cama, fumar e inventarse cosas».

Fumar y escribir —entretenimiento, modo de concentración o relajación—, escribir para dejar de fumar. En *La conciencia de Zeno*, de Italo Svevo —ya en el primer capítulo, titulado «El tabaco»—, el protagonista le habla al médico de su problema, y este le recomienda que escriba. Pero la estrategia empleada será la contraria: «En realidad, creo que del tabaco puedo escribir aquí, en mi mesa, sin ir a soñar en aquella tumbona. No sé cómo empezar y pido ayuda a los cigarrillos, todos tan parecidos al que tengo en la mano». Y es que la desobediencia médica está a la orden del día; el anciano periodista de *Sostiene Pereira*, de Antonio Tabucchi, vuelve sudoroso a casa tras recoger el correo y subir las escaleras: «Pereira dejó la carta junto a la tortilla y encendió un cigarro. El cardiólogo le había prohibido fumar, pero ahora le apetecía dar un par de caladas, tal vez después lo apagaría». El gesto mecánico vence a la fuerza de voluntad; fumar alivia el aburrimiento, se alía con el tedio, llena el vacío, pinta un trasfondo sórdido; el protagonista de *Oblómov*, de Iván Goncharov, aparece desapareciendo: «Si no fuera por ese plato y la pipa recién fumada arriada a la cama o por el propio dueño tumbado en ella, cabría pensar que allí no habita nadie».

El humo, el olor: huellas de la masculinidad. Única Zürn comienza de este modo su relato *Primavera sombría*, desde la mirada de la niña protagonista: «Su padre es el primer hombre que conoce ella: una voz grave, unas cejas pobladas, bellamente arqueadas sobre unos ojos negros y risueños. Una barba que la pincha cuando él le da un beso. Olor a humo de cigarrillos, cuero y agua de colonia». Cuántos autores —Molière, Ben Jonson, Somerset Maugham— han vinculado hombría y tabaco. En *La ventana siniestra*, Raymond Chandler describe a un tipo cuyos gestos repetitivos al fumar un puro le hacen ser «peligroso». Fumar como otro rasgo del carácter. Pero, con todo, siempre cabrá el hartazgo: Herman Melville hace exclamar airado al capitán Ahab: «¡El fumar ya no me calma! ¡Ah, mal me debe ir si tu encanto se ha acabado! [...] ¿Qué tengo que ver con esta pipa? Esta cosa está hecha para dar serenidad [...]. No fumaré más...»; y acaba arrojando la pipa, aún encendida, al mar por donde nada Moby Dick.